

La disputa por el orden posible en la democracia: los discursos de la campaña presidencial del 2003

Por Fabiana Martínez

Introducción

Los discursos preelectorales de la última campaña presidencial en Argentina muestran transformaciones importantes en relación a la hegemonía neoliberal de la década del 90¹: rompen una cierta dominancia proponiendo nuevos ordenamientos posibles de lo político-social e impugnan tópicos que habían obtenido un fuerte consenso en la sociedad. Nos referimos a esa vasta formación discursiva que afirmó desde 1991 la supremacía del mercado sobre el Estado como instancia de regulación social, y que se asentó en procesos de privatización, desregulación, descentralización y reducción del gasto público. Estos sentidos inundaron diversas esferas sociales y acompañaron profundas transformaciones políticas, económicas y sociales de nuestro país. Bourque y Duchastel (1992) constatan, a nivel internacional, la emergencia de un Estado neoliberal de carácter tecnocrático, "tanto a nivel de su política económica enteramente sometida a reglas de performatividad y eficacia funcional, dominadas por la racionalidad instrumental -fatalidad de la inserción en el mercado mundial- como a nivel de su política social, donde se afirma una regulación tecnicista" (1992). Esta tendencia se instala en Argentina desde 1991², haciendo posible el avance del mercado en varios ámbitos (empresas del Estado, jubilaciones, legislación laboral), en coincidencia con las recomendaciones de los organismos internacionales de crédito.

La campaña del 2003 evidencia un cambio que venía produciéndose

paulatinamente y que sólo puede ser entendido en relación a un espacio discursivo más amplio en el cual estos significados se veían cuestionados con dos consecuencias: la pérdida de consenso del anterior paradigma; la creciente visibilidad y circulación de sentidos que se construyen desde nuevos -pero también inestables, heterogéneos, difusos- criterios de legitimidad. De algún modo, podría afirmarse que evidencia el momento de crisis de las estrategias simbólicas y discursivas de legitimación que "acompañaron" la implementación del modelo.

En particular, quisiéramos analizar en la instancia preelectoral la restitución de la figura del Estado o la continuidad de la legitimidad del mercado, y los vínculos enunciativos que construyen los candidatos en relación a estos tópicos (y que redundan también en la definición de la propia identidad partidaria). Estos elementos pueden relevarse a partir de un análisis semántico y de ciertos componentes específicos del discurso político (como programáticos, descriptivos, prescriptivos, didácticos) definidos por E. Verón (1987). Hemos definido este eje por dos motivos. En primer lugar, porque ciertas figuras del mercado se constituyeron en fetiches o axiomas de los que se derivaban un gran número de figuras referidas al ordenamiento político (como reforma del Estado, desregulación, eficacia) reformulando en los 90 los sentidos asociados a la política hasta prácticamente dejarla sin campos de competencia y espacios de acción. En segundo lugar, porque por su carácter axial en la formación

discursiva neoliberal constituye un punto en disputa en la imposición de nuevos sentidos legítimos: si fuera posible una metáfora topográfica, esta cuestión dividió el campo discursivo político en dos zonas -que se relacionan poco con las tradiciones de partidos-; una que definió su propuesta en base a la continuidad con el neoliberalismo de los 90, otra que constituyó este espacio como el lugar de una Argentina imposible, formulando programáticos muy diferentes. Ésta última opción es, por otro lado, la que se muestra dominante en los últimos dos años sin que, sin embargo, puedan establecerse claramente los "cambios estructurales" que la acompañarían.

Para el análisis, se ha constituido un corpus compuesto por discursos de candidatos (Menem, López Murphy, Kirchner, Carrió, Rodríguez Sáa), pronunciados en distintas instancias públicas y/o mediáticas entre abril de 2002 y mayo de 2003.

Perspectivas teóricas: el discurso político como espacio de construcción y hegemonía

Desde hace ya varias décadas, existe un consenso en el campo del análisis del discurso acerca del lugar constitutivo que ocupa la dimensión significativa en los fenómenos sociales y la construcción del "real social" (Verón, 1980) o del "verosímil de época" (Angenot, 1989). Sin embargo, los primeros análisis franceses plantearon una relación entre discurso y poder entendida bajo la categoría de la dominación. Esto se relaciona con el auge del marxismo althusseriano, y en particular con su artículo Ideología y aparatos ideológicos del Estado, según el cual todos los ámbitos sociales (y aún el de la producción de sentido, subsumido a su vez en la formación ideológica dominante) están bajo la necesidad de reproducción de las relaciones de producción. Éstas

requieren necesariamente un "sometimiento ideológico" de la fuerza de trabajo, que se logra desde diversos aparatos ideológicos que producen sentidos bajo una "única partitura", que responde a los intereses de la clase dominante. Aunque la definición de Althusser es compleja -como bien lo han marcado los Estudios Culturales- en la medida en que es la representación de la relación del hombre con el mundo, y no la del mundo mismo, se difundió como el espacio imaginario de negación, ocultamiento y disimulo de un real dado, y organizado en posiciones de clase y relaciones de fuerza objetivas (es decir, autónomas e independientes del mundo de los signos). En este marco, se formula una concepción del discurso como el lugar material en el que necesariamente se inscriben estas representaciones y creencias: así, las formaciones discursivas se corresponden siempre con formaciones ideológicas, se asocian al desconocimiento de sus propias causas y del sujeto, cuya identidad se explica a partir de las operaciones de "sujeción" de la "interpelación subjetivante". Fue Michel Pêcheux quien formuló de modo duradero los principios de un análisis del discurso que supone la existencia de un real autónomo, y de la superficie discursiva como el lugar de disimulación de formaciones ideológicas homogéneas previas. La práctica de análisis es una intervención desde la "verdad de la ciencia", lúcida, privilegiada, capaz de identificar las determinaciones que los discursos dominantes niegan. Como el mismo Pêcheux señalará más tarde (1980): la máquina del poder funciona en este paradigma demasiado bien, sin fisuras y con un sujeto perfectamente sujetado.

Esta concepción comienza a desarticularse, desde fines de los 70. Se constituyen así otros paradigmas, ya no centrados en la categoría de "dominación" sino en las de "construcción social de lo real" (en

la teoría de los discursos sociales de E. Verón) y en la "hegemonía" (en la teoría de M. Angenot). La obra de M. Foucault ha sido central en este clivaje disciplinario, que reformula por completo las relaciones entre poder, discurso, subjetividad e ideología; y que plantea a los discursos sociales como un lugar de producción, conocimiento y legitimación de lo "real".

Para abordar la problemática del sentido, Verón abandona la concepción binaria del signo sostenida por la lingüística saussuruana. El horizonte de las concepciones triádicas del signo (en Frege y, fundamentalmente en Peirce, de quien recupera la idea una semiosis ilimitada) permite precisar la idea de la construcción social de la realidad. Su teoría de los discursos sociales reposa sobre dos hipótesis: toda producción de sentido es necesariamente social y todo fenómeno social es -en algún nivel de análisis- un proceso de producción de sentido. Este autor se posiciona frente a los análisis inmanentes, al no descontextualizar el signo, y también frente a los análisis marxistas clásicos dominados por una concepción refleja del lenguaje y por la "problemática de los bloques": las representaciones no reflejan lo real, sino que contribuyen a definirlo. Así, no hay distancia entre sentido y acción social: "Toda forma de organización social, todo sistema de acción, todo conjunto de relaciones sociales implican, en su misma definición, una dimensión significativa... todo funcionamiento social tiene una dimensión significativa constitutiva" (1986). En el nivel de lo discursivo, los fenómenos develan su dimensión significativa. Si bien es indiscutible que cualquier organización está determinada por múltiples factores, es en la semiosis donde se construye la realidad de lo social: a través del análisis de los discursos se abre camino al estudio de la construcción social de lo real.

En relación al campo político, específicamente, el autor afirma: "basta, en efecto, analizar con cierto detalle cualquier proceso político para adquirir una convicción: los llamados hechos políticos no existen independientemente de su semantización discursiva, son estrictamente inseparables de los discursos" (1980). Esto no significa que los hechos no tengan una realidad autónoma, pero no acceden a una existencia social sino a través de las representaciones simbólicas que hacen posible su visibilidad y conocimiento social; o más específicamente, "existe una imposibilidad de separar el llamado hecho o acontecimiento de las lecturas a las que es sometido en una situación determinada" (1980).

Como cualquier otro comportamiento social, la acción política no es comprensible fuera del orden simbólico que la engendra dentro de un campo determinado de relaciones sociales. El único camino para acceder a los mecanismos imaginarios y simbólicos asociados al sentido de la acción es el análisis de los discursos sociales. Pero éstos no se ubican en un plano agregado o secundario: no se trata de un nivel que "acompaña" o "refleja" el desarrollo de los procesos "concretos" o "materiales" del comportamiento social y por esto mismo, no puede plantearse como un análisis de contenido dedicado a considerar representaciones concientes de los actores.

Esta perspectiva implica refutar toda positividad del orden social y político. Laclau y Mouffe han recuperado las ideas "antiesencialistas" de filósofos como Rorty, Derrida y Foucault para reformular ciertos supuestos del análisis de lo social y también de una teoría del discurso. Para estos autores, no hay posibilidades de una separación estricta entre hechos y representaciones: "Nuestro análisis rechaza la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas y afirma:

a) que todo objeto se constituye como objeto de discurso, en la medida en que ningún objeto se da al margen de toda superficie discursiva de emergencia; b) que toda distinción entre los que usualmente se denominan aspectos lingüísticos y prácticos (de acción) de una práctica social, o bien son distinciones incorrectas, o bien deben tener lugar como diferenciaciones internas a la producción social de sentido, que se estructura bajo la forma de totalidades discursivas" (Laclau y Mouffe, 1987). El análisis del discurso no supone estructuras totalizadoras y homogéneas independientes del discurso, sino que registra en su misma superficie la inscripción y emergencia de objetos y sujetos.

En relación a la relación entre discurso y hegemonía, autores como Angenot (1989) plantean ya no una estabilidad en la reproducción de los sentidos, sino una disputa permanente por la definición de los sentidos legítimos y la definición de lo aceptable y lo decible. A diferencia del modelo anterior, sentidos sociales y poder están permanentemente entrelazados. Se designa como hegemonía discursiva al conjunto de retóricas, tópicos e ideologemas ligados a ciertas dominancias interdiscursivas en un estado de sociedad. Las prácticas significantes son cointeligibles y conforman un todo relativamente orgánico, imponen temas recurrentes, ideas de moda, lugares reiterados y efectos de evidencia. Un conjunto de reglas beneficiado por la lógica hegemónica se impone y difunde, determinando y regulando los temas aceptables y las maneras correctas de tratarlos. Se determinan así campos de legibilidad y legitimidad: la circulación, expansión y aceptación de ciertos enunciados y subjetividades, generan articulaciones de ideologemas que caracterizan a una época. Una puesta en circulación tiende a hacer aceptables los relatos: como señala Faye (1976) en su estudio sobre los

lenguajes totalitarios, el análisis no trata de desentrañar contenidos sino de captar una topografía en la cual las narraciones se transforman, se multiplican, se desplazan, hasta generar un campo de posibilidades, que consiste en hacer aceptables ciertas fórmulas. Esta "topografía" es dinámica, pues la hegemonía es precaria e inestable por definición: la transformación de la doxa hará inaceptables los objetos que antes eran centralmente legítimos.

Estas perspectivas aparecen como pertinentes y muy productivas en relación al género discursivo que trabajamos, aunque podrían aplicarse en cualquier campo social. La disputa por los sentidos legítimos es permanente en el campo político, y sus "topografías" son dinámicas, cambiantes, inestables y contingentes. Como indica Lefort (1991), la democracia se convierte en un lugar vacío, ya que el dispositivo institucional veda a los gobernantes la apropiación definitiva del poder y de sus fundamentos. Hay una institucionalización del conflicto y un espacio inocuible: "se revela así como la sociedad histórica por excelencia, que en su forma recibe y preserva la indeterminación...se instituye y se mantiene en la disolución de las referencias de la certidumbre". Fuerzas discursivas en relaciones antagónicas (o de subordinación, alianza, superposición) pugnan por ocupar un centro vacío, es decir, por inscribirse hegemónicamente en el campo de discursos, produciendo una cierta definición legítima de la realidad. La disputa por la imposición de los sentidos legítimos es, en definitiva, una disputa también por el orden posible, por el curso de los hechos en el futuro, por la definición del horizonte imaginario hacia el que la sociedad parece dirigirse: como bien señala Lechner (1993), preguntarse sobre la democracia es preguntarse por los sentidos acerca del orden posible que en un momento dado propone un cierto "mapa cognitivo".

Discursos de la campaña

Entre el cacerolazo del 2001 que destituyó a De la Rúa y la campaña del 2003, Argentina había sufrido tres presidentes (Puerta, Rodríguez Sáa, Duhalde) y todos los efectos del modelo implementado a lo largo de la década anterior por Menem y la Alianza. Las elecciones del 2003 se plantearon como el fin de una larga e incierta transición. En el marco de una fuerte crisis política y social, la oferta de candidatos se presentó fragmentada frente a una sociedad indiferente. Con rupturas en los dos partidos mayoritarios, durante la campaña electoral se diferenciaron entre sí y construyeron en parte su identidad en relación al reconocimiento de lo que fue la principal gramática de producción de sentidos políticos durante la década del 90. Un grupo de candidatos (Menem y López Murphy) se definió en una relación de continuidad; mientras que otros sujetos políticos (como Carrió, Kirchner y Rodríguez Saá) generaron sentidos diferentes. En ambos casos, la inversión de la lectura del adversario es nítida: mercado fuerte/achicamiento del Estado; fortalecimiento de lo público/control del mercado. En este último caso, todos los discursos restituyen la incompatibilidad entre una sociedad regulada por los actores privados y la inclusión social, fortaleciendo a la vez la axiología del territorio (patria, nación, Argentina) y la comunidad nacional (la dignidad de todos los argentinos).

En el caso de Menem, el programático de la globalización tiene una posición privilegiada y argumentativa, pues de él se derivan la mayor parte de los valores que constituyen el "orden deseado"³, y en rigor, como había sucedido en los 90, el único posible. Sigue vigente su representación como un proceso no antagónico, del cual se deriva todo un ordenamiento interior positivo: equivale a reinserción en el mundo, shock de confianza, crecimiento y estabilidad, reactivación de la

economía, desarrollo, inversión, estabilidad monetaria, dolarización, restablecimiento de la certidumbre económica, afianzamiento de la gobernabilidad, recreación de una sólida alianza con los Estados Unidos, erigido en el país eje del actual sistema de poder mundial. Una particular concatenación liga los programas narrativos y las distintas esferas de sentido: de la decisión económica -tan ligada a la cuestión de la internacionalización- se derivan los programas y valores políticos y sociales. No es la política la que ordena la economía, sino exactamente al revés. Así, en una relación argumentativa de finalidad frecuente en la formación discursiva neoliberal, ciertos programáticos instrumentales (achicar el gasto burocrático) son necesarios para garantizar ciertos programáticos que se definen como consumatorios, y que tienen valor social (hambre, miseria, salud).

La mayor parte de las promesas refieren a la cuestión económica y financiera: atacar el desempleo, capitales que vengan de afuera para ayudarnos a crecer, colocar a Argentina en el mundo, acuerdos de libre comercio con todas las potencias del mundo, adecuación de la moneda a la tendencia hacia la globalización monetaria, surgimiento de monedas mundiales, sólido aval exterior. Como puede observarse, permanece intacto el modelo aperturista de la década anterior basado en un Estado restringido, y combinado con privatización, desregulación, descentralización y reducción del gasto público (García Delgado, 1994:89). Predomina en el discurso una configuración del enunciador como sujeto de poder-hacer y los enunciados referidos al futuro: pocas veces se atribuyen causas a la crisis, y en el escenario que se configura no hay actores responsables ni definición de contradestinatarios.

Otro conjunto de enunciados se orientan a la reforma del Estado:

achicar el gasto público, recortar el déficit, construir un Estado inteligente, eficiente, económico. Su presencia, sin embargo, no es menor en relación a otro programático: el de la preservación de la paz social⁴. Si los aliados de este proyecto son exteriores, los adversarios se definen en el espacio interior: el Otro, en los discursos de Menem, se relaciona con la representación de quienes viven fuera de la ley (criminales, delincuentes, narcotraficantes, crimen organizado), a menudo superpuestos a la figura de los que protestan. Tal como sucedió en relación a la hiperinflación, su figura se define como la de un salvador que libera a la comunidad de los males, y permite mitigar la construcción antagonica de la clase política: quienes viven fuera de la ley, son éstos, los Otros, y no el nosotros que configura la identidad política. Se configura así, como diez años antes lo hizo en relación a la hiperinflación, a toda la sociedad como un colectivo "víctima" a partir de fuertes axiológicos afectivos que tienden a una persuasión emotiva (vale más la vida de un argentino que todo el oro del mundo) y al enunciador como quien restituye el orden perdido. Es justamente el tema "seguridad" el que presenta una compleja configuración semántica, articulando la representación de un Otro estigmatizado (que permite por oposición definir al propio enunciador), presentar al Estado restringido a la vez como el detentador de la única violencia legítima (restauración de la autoridad del Estado, lo que podría sonar contradictorio con la promesa de achicamiento) y tematizar una agenda incipiente de la clase media urbana, bajo valores axiológicos positivos (paz social, liberación de las comunidades, establecimiento de la seguridad y el orden públicos)⁵. Por la generalidad de sus promesas, los discursos de este candidato no le hablan a grupos particulares, sino a sujetos colectivos muy amplios

(mujeres y hombres, todos los habitantes del país, argentinos, hermanas y hermanos, amigos y amigas). Los discursos de López Murphy configuran un destinatario bastante más delimitado: el ciudadano no justicialista, que a la vez no se siente representado por las otras fuerzas y que aparece definido en relación a una "crisis de representatividad", es el que quiere evitar además las coaliciones populistas y la extrema izquierda (definidas como alternativas estremecedoras). También en estos discursos encontramos los ideogramas de la globalización, y el discurso tecnocrático que deriva de los componentes didácticos (las naciones exitosas de este mundo) un conjunto de prescripciones inevitables (es este tipo de sistema económico...el único que nos va a sacar de esta crisis, construir un país moderno integrado al mundo, la globalización es una gigantesca oportunidad). El proyecto subsume dos programáticos menores: la liberalización del comercio internacional y el intercambio de tecnologías que contribuyan al desarrollo económico y a la equidad económica.

En sus discursos, no se consideran las problemáticas de la pobreza y la exclusión, pero se anuncia el fin de las políticas asistencialistas bajo el ideograma de una individualización autoperformativa: darle a cada uno la capacidad de ganarse la vida, dignidad pensando en una política que sepa atender a los más débiles, a los desamparados, a los vulnerables...lo que recupera a las sociedades es elevar su productividad a través del trabajo y la educación...no generar permanentemente masas dependientes de la ayuda estatal". En los modelos neoliberales, la exclusión no se constituye como tema y esta situación no aparece como un efecto de las decisiones de unos agentes sino como una condición inherente al excluido. A diferencia de López

Murphy, sin embargo, Menem prometía más asistencialismo (Plan nacional de emergencia alimentario y sanitario con auditoria internacional de las Naciones Unidas y ayuda externa). El objetivo es llegar a "dos raciones diarias de comida": la representación de la exclusión entendida casi como una elección de los sujetos se combina con una despersonalización que omite la referencia a derechos sociales (pues se trata de masas, o de ejércitos de indigentes, respecto a los cuales el Estado no tiene obviamente ninguna responsabilidad).

En este caso, la globalización y la presencia reguladora del mercado se legitiman en función de una recurrente presencia de los derechos individuales: estos discursos no prometen un desarrollo generalizado, sino más específicamente un conjunto de valores ligados a la restitución institucional y la vigencia de las reglas de juego vigentes en los años anteriores. Así: libertad, respeto a la ley, estabilidad institucional, gobernabilidad, reordenamiento, recuperación de valores, certidumbre, equilibrio, derecho a la felicidad, el progreso, el bienestar, estructura normativa clara, dignidad humana, tolerancia, progreso económico, mejoramiento de nivel de vida. La garantía de estos valores está dada por la vigencia del mercado: la vigencia de reglas de competencia justa...debe considerarse equitativa la distribución resultante de las fuerzas del mercado. El predominio de componentes programáticos económicos es notable. Los discursos constituyen así una promesa de restitución de las reglas que beneficiaron a vastos sectores medios durante la década anterior: por esta razón, tematizan ciertos elementos (como contratos, leyes, derecho de propiedad) e interpelan en particular a los grupos recientemente perjudicados por las medidas de la crisis del 2001 (como los ahorristas estafados, el jubilado

arruinado o el trabajador que ha visto esquilmo su salario). Desde este punto de vista, una nueva axiología que ya no remite sólo a la eficiencia y la racionalidad comienza a revestir a las tendencias del mercado como garante de un orden ético y social que los políticos no supieron respetar.

La fórmula reparadora es similar a la de Menem. Por un lado, un modo de gestión pública ligada a la reducción del gasto público (que, como se sabe, remiten a privatización, descentralización y desregulación). Por el otro, una promesa de regulación social y política derivada del auge del mercado, y asociado a valores como eficiencia, transparencia y racionalidad. El mal funcionamiento del Estado es también un diagnóstico recurrente (genera niveles de gasto público financiados por el endeudamiento, impide la inserción exitosa); y lo específico en estos discursos son dos elementos. Por un lado, esta axiología que se amalgama con el carácter general de ciertos valores asociados a derechos individuales. Los valores convocados son individualizantes, no apelan a un orden axiológico colectivo; la propuesta consiste en la restitución de un marco (de justicia, de certidumbre, de reglas pre-establecidas) en el cual cada individuo pueda recuperar el ejercicio de algunos derechos (el progreso ético y material, el derecho a la felicidad, el derecho a la propiedad, la dignidad del ser humano, la igualdad de oportunidades). Por el otro, la constitución de un exterior general en el que quedan incluidos todos los partidos y fuerzas políticas bajo el diagnóstico general de una crisis moral. El descrédito parece alcanzar a la política misma, pues se opone con frecuencia los malos políticos a los buenos gerentes. Estos diagnósticos políticos inciden en la construcción del enunciador, que no aparece ligado a los políticos clásicos y que se define como un gestor, un

técnico. La crisis de representación se resuelve, entonces, con la aniquilación de la política, sustituida ahora por la promesa de una gestión eficaz "sin populismos".

En el resto de los candidatos, la fórmula general es inversa: una nueva forma de hacer política debe transformar profundamente un panorama de carencias generalizadas e inaceptables. Aunque bajo diferentes figuras, en todos los casos es el ámbito público el que aparece como garante de un nuevo orden social, más ligado a la inclusión social.

Los discursos de Kirchner construyeron una serie de parejas axiológicas que remitían a los dos modelos, a los que con frecuencia se hizo referencia durante el debate de las leyes de subversión económica. Por un lado, un modelo basado en la concentración económica, en el que se instituye como adversario a los grupos económicos dominantes y los sectores financieros, junto a diferentes figuras del menemismo. Este modelo es la causa de todas las carencias (fundamentalmente, económicas y sociales) que constatan los componentes diagnósticos: hambre, falta de trabajo, desesperación, angustia, arrasó con la clase obrera, quebró a la clase media. El modelo que se

opone hace predominar a los actores internos y al espacio nacional, con una prioridad de lo público sobre lo privado: es el modelo de la Patria, el trabajo, la producción, que garantiza inclusión social, ilusiones, esperanzas, educación, movilidad de la clase media, Argentina autónoma en el

mundo. Se asocia al fortalecimiento de la región MERCOSUR y configura a los EEUU como adversarios⁶. Los aliados del desarrollo son, en este caso, fuertes políticas públicas que dan por tierra con la imagen del político sometidos a los límites de la economía (el gerente), los programáticos principales de sus discursos se asocian a fuerte inversión pública, fuerte gestión keynesiana, consolidar producción y empleo con inversión pública, educación, salud, obra pública, banca pública. Correlativamente, control y adecuación de los servicios privatizados. La obra pública no es incompatible con el equilibrio fiscal, y justamente garantiza todos los valores que -según otros candidatos- niega: en otra nítida inversión de la creencia, es justamente la presencia de la política pública la que garantiza desarrollo, crecimiento e inclusión. Algunas de las principales oposiciones -con un fuerte marcado axiológico, que cumple funciones argumentativas- son las siguientes, como puede verse, conforman en su conjunto verdaderamente dos "dispositivos ideológicos" (Beauchemin, 1992:157) en espejo:

El espacio nacional se reviste axiológicamente de modo recurrente, y se presenta como una demanda atribuida a diferentes colectivos. Así,

recetas neoliberales globalización	modelo de la patria multilateralidad - autocomia - soberanía autodeterminación de los pueblos
espacio-mundo concentración económica grupos financieros especulación gerentes país para unos pocos - arrasó clase trabajadora - quebró clase media	espacio nacional proyecto nacional y popular - inclusión trabajo - solidaridad políticos movilidad ascendente clase media - dignidad de los trabajadores un país para todos
reducción del gasto público	inversión del Estado - obra pública - salud, educación pública - Universidades ilusión - esperanzas - sueños
desesperación, angustia, hambre, falta de trabajo derecho a la propiedad, la seguridad, la felicidad, igualdad de oportunidades prioridad del mercado, capitales extranjeros, EEUU, ALCA	derecho al trabajo, al salario digno, la educación, la dignidad prioridad del Estado, capital y trabajo nacional, Europa, MERCOSUR

es el pueblo o todos los argentinos el que reclama un país para todos,

nación, patria, bandera, un nuevo país, una nueva patria, la esperanza de construir la patria. Este espacio se relaciona con Latinoamérica unida y un adversario (EEUU) más tematizado en relación al acontecimiento de la guerra que a las transformaciones de los 90. La propuesta de una solidaridad internacional y de una multilateralidad recuperada define una relación muy diferente a la que encontramos en otros discursos, bajo las referencias a las alianzas estratégicas y las grandes naciones del mundo. Los ideologemas de la globalización que proponen un espacio-mundo homogéneo en el cual se diluye lo territorial nacional son sustituidos por frecuentes referencias a los metacolectivos y los actores nacionales. Bien podría afirmarse que se restituyen los tres componentes propios del discurso político que acompañó al Estado moderno, y que la formación neoliberal expulsa: la representación del territorio, la de la comunidad nacional y la visión axiológica.

A lo largo de toda la campaña, la dimensión polémica es relevante en estos discursos, y se relaciona con un fuerte trabajo discursivo en torno a las figuras del contradestinatario (políticos menemistas, bancos y organismos internacionales). La restitución del adversario (que se inicia tal vez en el discurso ciudadano) devuelve a la política su dimensión antagónica. Permite varias operaciones: definir a las políticas de los 90 y sus actores como el anti-modelo; restituir débilmente el ideologema de la lucha, perdido durante varios años; configurar la imagen de un enunciador que propone un "nuevo orden posible"; producir el espacio de lo público como el lugar de representación y conducción del colectivo social; configurar un nosotros que busca su legitimidad en las isotopías de lo nacional, lo social y la historia (como sus frecuentes

menciones a la generación del 70).

Tanto en Kirchner como en Carrió, encontramos huellas de reconocimiento de nuevos movimientos ciudadanos y la recuperación de las representaciones que hasta entonces eran contrahegemónicas: a la figura del ciudadano restituido corresponde la del mercado controlado por el Estado. En el caso de Carrió, el adversario se produce a partir de una moralización general que hará posible una nueva forma de la política y el retorno de los valores perdidos. Desde el año 2001, su principal promesa se asocia a una transformación de la clase política (y de su relación con los representados) que opera como condición primera y necesaria del resto: un denso campo semántico se articula entorno al término moral y da origen a diversas fórmulas legitimadoras (contrato moral, pacto moral) de las cuales derivan componentes diagnósticos y programáticos específicos, como por ejemplo, un modelo económico y político que responda a este contrato. Son adversarios todos aquellos que no adhieran a este universo axiológico. En el campo político, se trata de toda la dirigencia partidaria de los 90 (el establishment, la mafia, la corrupción) y esta generalización antecede al "que se vayan todos", tan asociado a la crisis de representación. Se definen como los que robaron, los que inventan la crisis, los que mandan, los que mintieron, los que vienen por más, los que votan contra los pobres, los delincuentes, impunes, ignorantes. En el campo económico, el antagonismo se tematiza en la presentación del modelo económico perverso y los enemigos son los economistas del Consenso, el sector financiero que se ha robado el país, a los que atribuye múltiples acciones negativas.

En términos programáticos, el reordenamiento político y social requiere un fortalecimiento del

Estado y un control del capitalismo antiético e inmoral. En los discursos pre-electorales de difusión pública esto se tematiza en relación a políticas públicas universales. En la plataforma, es la figura del Estado la única que puede garantizar la vigencia de este nuevo contrato que coloca a la política sobre la economía y restituye la "comunidad de sentido" por sobre la de "servicios"⁷. Tal como define en uno de los programas políticos televisivos⁸, su propuesta se asienta en componentes que apuntan a la reconstitución de lo social y lo público: reconstruir la familia, política universal al tipo de la escuela pública, ingreso ciudadano para la niñez, dignidad del trabajo, vamos a articular todos los recursos del Estado Nacional, el INTA, el Inti, el Banco Nación, la Universidad pública, fondos nacionales de desarrollos locales, grandes políticas públicas universales. En estos discursos, la figura se acerca a un Estado de bienestar, contraponiendo a su retiro una fuerte presencia e intervención con pretensiones igualitarias y universalizantes a partir de su penetración en la sociedad civil.

Los discursos de Rodríguez Saá se centran en la construcción de dos figuras y un vínculo privilegiado: el enunciador legitimado en la recuperación de los valores retóricos del justicialismo frente a un conjunto de paradesinatarios fragmentados a los que se orientan promesas específicas (aumento de pensión a los jubilados, salarios a los trabajadores, planes a los Jefes y Jefas de Hogar, tierras secas a los inundados, derechos humanos a las Madres de Plaza de Mayo, a los deudores blanqueo de deudas, a los desocupados un millón de empleos). El adversario en este caso se desdibuja, pero se insinúa en relación a ciertas carencias: los bancos para los ahorristas, el FMI y la deuda externa. Sin tematizaciones evidentes, se trata de un conjunto que no retoma los ideologemas neoliberales, pero tampoco los

refuta. En este sentido, sus discursos se atienen a lo que Verón considera la apuesta específica de un discurso pre-electoral: la prioridad del paradesinatario (figura textual que remite a los indecisos, a aquellos respecto a los cuales hay una suspensión de la creencia) y la persuasión basada en la promesa.

Así, varias formaciones discursivas -que no podrían organizarse en función de "tradiciones de partidos"- disputan la imposición de un orden legítimo, y la emergencia de nuevos significados que redefinen lo que la política puede significar para los ciudadanos marcan un campo dividido. Si tenemos en cuenta los principales componentes de la doxa dominantes en la década anterior, las principales oposiciones (surgidas, como hemos dicho, en inversiones de creencias casi directas) pueden reseñarse así:

- ideologemas de la globalización (relaciones complementarias con EEUU y organismos internacionales) vs. representaciones sobre el territorio nacional, axiologizado como principio de legitimación (interés nacional);
- ideologemas de la "eficiencia" vs. ideologemas de "inclusión social", fuerte axiologización en términos éticos de la política (pacto moral);
- predominio de los actores privados sobre las instancias públicas: reducción del gasto público, retiro del Estado, etc. vs. predominio de lo público sobre lo privado (Estado regulador, críticas a las privatizadas y los grupos financieros);
- la definición de un "otro negativo" interno (los pobres, los que reclaman, los delincuentes vs. la definición de un adversario exterior (Consenso, FMI) y

- de su cómplice interior (los políticos anteriores, la vieja manera de hacer política);
- la promesa de restitución de las anteriores reglas de juego: validez de los derechos individuales vs. validez de los derechos sociales;
- desaparición de sujetos colectivos y de la inscripción de los sujetos de la enunciación (generando una modalidad similar al discurso de la ciencia y el efecto de una verdad que se sostiene a sí misma) vs. fuerte inscripción de colectivos (argentinos, nosotros). Restitución de las estrategias de tematización de la identidad de los sujetos y de los vínculos (complementarios, simétricos, interpelativos, etc.) entre éstos.
- pérdida de antagonismos vs. restitución de los antagonismos.

En síntesis, los discursos de los candidatos se organizaron en torno a dos grandes dispositivos ideológicos, constituidos por un conjunto de elementos similares (aunque con grandes diferencias en las estrategias de enunciación). Por un lado, algunos candidatos se plantearon como la continuidad del modelo neoliberal, la construcción de una figura gerente y salvadora por sobre la del político, la disolución de los antagonismos políticos y de la figura discursiva del ciudadano, el predominio de los derechos individuales por sobre los sociales, los ideologemas de la globalización por sobre los del espacio nacional, la construcción de un enemigo interno y las referencias a Estados Unidos como aliado.

Por el otro, un conjunto de discursos instituye a la década del 90 como el pasado inaceptable: ninguna sociedad es posible en este horizonte

de sentidos, y se requiere de otros principios de legitimación para plantear el nuevo orden posible. En estos casos, prevalece la restitución de los valores del Estado, la condena axiológica a los programáticos neoliberales y los actores privados, los ideologemas ligados al espacio nacional y el modelo del desarrollo productivo, la restitución de las relaciones antagónicas, la instauración de la figura del político ético, el predominio de los derechos sociales y de un horizonte de desarrollo y valores colectivos, la construcción de un adversario externo (Estados Unidos, Consenso Washington).

Ya en gestión, los discursos de Kirchner consolidan esta instalación de representaciones asociadas a un orden "estatal-nacional" (Armony, 2000), y lo que se configura es un "proyecto nacional" que aparece asentado en tres dimensiones: un nuevo rol del Estado, un reordenamiento económico interno asociado al "capital productivo"⁹ y nuevas definiciones acerca de la política (restitución de un sentido teleológico y axiológico, ligado también a un "nuevo orden social inclusivo"). En este punto, un interrogante: aunque evidentemente la opción ya no es la de la globalización incondicional de los 90 ni la de una regulación a cargo del mercado, tampoco llega a configurarse de manera verosímil la figura de un Estado que -al modo keynesiano- pueda sustraerse de un complejo escenario donde los procesos de transnacionalización (económicos, tecnológicos, culturales) atraviesan ya a las comunidades nacionales. En estas formaciones discursivas, se reconstituye el imaginario de una teleología política, capaz de conducir un "rumbo colectivo" y se invierten las principales oposiciones neoliberales (nacional/transnacional, individual/colectivo, economía/política). Sin embargo, lo que no llega a tramarse aún son los sentidos de

un ordenamiento más definitivo en un ordenamiento más definitivo en unas condiciones en las cuales el contexto hace, evidentemente, imposible el retorno a un "pasado de bienestar".

Referencias bibliográficas

- ALTHUSSER, L.** (2002): Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Nueva Visión, Buenos Aires.
- ANGENOT, M.** (1989): Un état du discours social. Le Préambule, Québec.
- ARMONY, V.** (2000): Représenter la nation. Le discours présidentiel de la transition démocratique en Argentina (1983-1993). Les Éditions Balzac, Québec, 2000.
- BEAUCHEMIN, J.** (1992): "Les aspects étiques du discours politique duplessiste: la représentation dans la société liberale". Discours social/Social Discourse, CIADEST, N° 4, Canadá.
- BONETTO, M.S. ; PIÑERO, M. y MARTINEZ, F.** (2002): Argentina, otro país. Consecuencias del modelo neoliberal. Advocatus, Córdoba.
- BOURQUE, G. y DUCHASTEL, J.** (1992): "Le discours politique néo-liberal et les transformations actuelles de l'État". Discours social/Social Discourse, CIADEST, N° 4, Canadá
- FAYE, J.-P.** (1976): Los lenguajes totalitarios. Taurus, Madrid.
- FOUCAULT, M.** (1976): La arqueología del saber. Siglo XXI, México.
- GARCIA DELGADO, D.** (1994): Estado y sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural. Norma, Bs.As.
- GUILHAUMOU, J.** (1989): La langue politique et la Revolution Francaise. Klincksieck, París.
- MARANDIN, J.-M.** (1979): "Problèmes d'Analyse du Discours. Essai de description du discours francais sur la Chine", Langages, 55, París.
- NOVARO, M. y PALERMO, V.** (1996): Política y poder en el gobierno de Menem. Norma, Bs.As.
- PÊCHEUX, M. (1975):** Les verités de La Palice. Maspero, París.
- PÊCHEUX, M. (1976):** Análisis automático del discurso. Gredos, Madrid.
- PÊCHEUX, M.** (1980): "Remontémonos de Foucault a Spinoza". En: **MONFORTE TOLEDO, M.** (comp.), El discurso político. Nueva Imagen, México.
- LACLAU, E. y MOUFFE, Ch.** (1987): Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. Siglo XXI, España.
- LECHNER, N.** (1993): "Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo". Jornadas de CLACSO, CEA, UNC.
- LEFORT, C.** (1990): La invención democrática. Nueva Visión, Buenos Aires.
- MARTINEZ, Fabiana** (1999): "Análisis del discurso: representaciones políticas de la transición democrática en Argentina". Informe de avance, Conicet, mimeo.
- VERON, E.** (1980): "Discurso, poder, poder del discurso". En: Anais do Primer Coloquio de Semiótica. Loyola, Río de Janeiro.
- VERON, E.** (1986): Perón o muerte. Fundamentos discursivos del fenómeno peronista. Legasa, Bs.As.
- VERON, E.** (1987): La semiosis social. Gedisa, Buenos Aires.
- VERON, E.** (1987): "La palabra adversativa". En: VERON, E. (comp.), El discurso político. Lenguajes y acontecimientos. Hachette, Buenos Aires.
- VERON, E.** (1997): Semiosis de lo ideológico y del poder, CBC, UBA

NOTAS:

¹ Si referimos a un "paradigma neoliberal" es porque hemos confirmado en sucesivas investigaciones, realizadas sobre diferentes corpus (discursos electorales, del Ejecutivo, del Legislativo, nacionales, provinciales) la existencia de un conjunto extremadamente regular y homogéneo de representaciones ligadas a un cierto orden y cuyas principales características, en síntesis, refieren entre otros a los siguientes puntos: la prioridad de lo económico sobre lo político (bajo los valores de libertad, apertura, flexibilización, competitividad, eficiencia); la pérdida de los sentidos axiológicos y sociales de los lexemas; la reformulación de las estrategias discursivas de legitimación de la acción política (adaptación, cambio); la sustitución de los actores colectivos por las "interpelaciones individualizantes"; el fin de las relaciones antagónicas; las representaciones marcadamente positivas de los organismos internacionales y de todo lo asociado a la globalización; las representaciones marcadamente negativas en relación al Estado y todo ámbito público.

² Como culminación de un modelo que se instala desde la dictadura en el 76, desarticulando el Estado social y con la crisis definitiva del Estado de bienestar en los años de la transición: es la década del 90 en la que se producen todas las transformaciones estructurales que hacen posible el Estado post-social.

³ Articulada con el mismo "realismo" que presentó en la década del 90: la globalización del mundo que nos toca vivir no es una ideología: es un dato de la realidad. Es dentro de esas reglas de juego donde debemos desplegar nuestras políticas para

fortalecer nuestras posibilidades como Nación.

⁴ Programático que asume las siguientes formas discursivas: voy a poner todas las fuerzas de seguridad en la calle, incluso a las Fuerzas Armadas, restablecimiento de la seguridad y el orden público, sobre la base de la restauración de la autoridad del Estado; afrontar el crimen organizado.

⁵ Agenda que reingresa violentamente a la escena pública a través del caso Blumberg y bajo un formato discursivo mediático, en el cual claramente se configura un "Estado gendarme" (Wacquant, 2000).

⁶ Estas asociaciones habían sido ya tematizadas en el discurso de Duhalde durante la campaña de 1999 y en los ámbitos legislativos después del 2001.

⁷ A partir de la articulación de diagnósticos y programáticos:

En un marco donde son los mercados los que conceden legitimidad a los gobiernos, bajo la siempre latente amenaza de la desestabilización (hasta aquí el diagnóstico), la tarea de reconstruir el sistema político y el Estado aparece como el primer desafío que enfrentan los partidos que no se resignan a ser meras cadenas de transmisión de las demandas del establishment (esta es la promesa, el orden del poder hacer futuro).

⁸ A dos voces, TN, 12 de marzo de 2003, programa en el que todos los candidatos presidenciales expusieron sus propuestas.

⁹ Lo que marca, para algunos autores, un desplazamiento coyuntural de la "burguesía financiera", sin que lleguen a articularse claramente los nuevos bloques de poder, y mientras se sostiene de todos modos un sistema de fuertes desigualdades económicas y de exclusión social.